

## ALGUNOS ASPECTOS DE LA «OBRA MENOR» DE JOSÉ LUIS HIDALGO<sup>1</sup>

La publicación en 1947 de su libro *Los muertos*<sup>2</sup> marcó para José Luis Hidalgo su definitiva incorporación al elenco de figuras fundamentales de la poesía española de posguerra; incorporación más definitiva en su caso, debido a la triste circunstancia de su muerte. No se comprende hoy un estudio, panorama o antología de la poesía española de los últimos treinta años sin la referencia obligada al autor de *Los muertos*. Y el silencio de Castellet a este respecto no sería más que la excepción que confirma la regla, si no fuera porque en su entonces pontifical y hoy repudiado punto de vista no podía haber lugar para las trascendentales, descomprometidas y ahistóricas reflexiones de nuestro poeta sobre Dios, la Muerte y el Hombre<sup>3</sup>.

Pero la figura de Hidalgo ha ido agigantándose al paso del tiempo y sobre ella se han ido acumulando una serie de fenómenos, poéticos y extrapoéticos, que han contribuido a una consolidación de su obra tan peculiar, tan «consagrada» que nos

---

<sup>1</sup> El presente trabajo está realizado tomando como base el capítulo tercero de mi tesis de licenciatura *La poesía de José Luis Hidalgo. (Introducción a su estudio)*, presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Compostela, bajo la dirección del catedrático de aquella Universidad, Dr. Moreno Báez, en octubre de 1970.

<sup>2</sup> José Luis Hidalgo, *Los muertos, Adonais*, Madrid, 1947.

<sup>3</sup> José María Castellet, *Un cuarto de siglo de poesía española*, Seix-Barral, Barcelona, 1966.

parece está mucho más lejano —e intocable— de lo que debiera estar; el copioso inventario que puede reunirse de alusiones y referencias a su figura y obra en su abundante aunque no muy valiosa bibliografía, mostraría cómo dichas referencias son casi siempre más emotivas que objetivas, más tópicas que críticas, más laudatorias que analíticas y más respetuosas que valorativas <sup>4</sup>.

A nuestro juicio, entre los fenómenos arriba aludidos habría que considerar como factores de esta «consagración» de Hidalgo: su temprana muerte, con la inmediata publicación del libro y toda la amplia carga de matices sentimentales que éste pudo suscitar; la temática y el tono del libro, con el desencadenamiento de malentendidos que provocó a propósito de los presagios y presentimientos de muerte; el carácter tan acusado del libro como obra «cerrada» y «definitiva»; la actitud a nuestro juicio excesivamente emotivo-respetuosa adoptada por una gran parte de sus antiguos amigos y compañeros, al enfrentarse como críticos con la obra de José Luis; y —si no el factor más importante, al menos el que aquí más nos interesa— el silencio casi total a que ha sido sometida su restante obra, es decir todo lo que no sea *Los muertos*.

En efecto, mientras este libro ha sido reeditado en dos ocasiones <sup>5</sup> hasta hoy (1970), sus otros libros de poemas no sólo están totalmente agotados, sino que, dada la restringida difusión que en su momento tuvieron, —téngase en cuenta que *Raíz* <sup>6</sup> fue editada por su autor en tirada muy reducida, que *Los ani-*

<sup>4</sup> Naturalmente, esta generalización no supone la inexistencia de algunas excepciones. Pensamos, fundamentalmente en los tres mejores estudios publicados hasta hoy sobre la obra de Hidalgo: D. Fernández Quiñones, *José Luis Hidalgo: su poesía de la muerte*, *Revista de Literatura*, Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, tomo XII, n.º 25-26, pp. 69-119.

Ángel Raimundo Fernández y Francisco Susinos Ruiz, *José Luis Hidalgo*, *Archivium*, XI, Universidad de Oviedo, 1961, pp. 230-322.

Antonio Sánchez Romeralo, *Insistencia y contraste en la poesía de José Luis Hidalgo*, *Papeles de Son Armadans*, año XII, tomo XLIV, n.º CXXX, enero 1967, pp. 51-80.

<sup>5</sup> *Los muertos*, 2.ª edición, Cantalapiedra, Santander, 1954. 3.ª edición Taurus, Madrid, 1966.

<sup>6</sup> José Luis Hidalgo, *Raíz*, Edición del autor, Impresos Cosmos, Valencia, 1944.

*males* <sup>7</sup> era el segundo número de una nueva colección de poesía y que *Canciones para niños* <sup>8</sup> fue hecha en edición privada y no puesta a la venta— todos ellos resultan hoy absolutamente inencontrables.

Si algunos de los poemas de estos libros son hoy más conocidos se debe fundamentalmente a su inclusión en algunas antologías, especialmente —por el número de poemas que incluyen— las de María Gracia de Ifach <sup>9</sup> y la de Julia Uceda <sup>10</sup>. En su momento esta misión difusora la desempeñó el libro de Leopoldo Rodríguez Alcalde <sup>11</sup>, que durante mucho tiempo fue la única fuente para acercarse a la obra de Hidalgo; pero hoy este trabajo resulta tan difícil de hallar como los mencionados del poeta.

Por otra parte, este silencio sobre la que suele ser considerada «obra menor» de Hidalgo, se refiere no sólo a su publicación o reedición, sino más especialmente al estudio de la misma. Aunque no falten en la bibliografía sobre nuestro autor algunas referencias a *Raíz*, *Los animales*, *Canciones para niños* y a la gran cantidad de poemas sueltos, estas referencias son casi siempre simples alusiones «de pasada», como si al lado de las enormes posibilidades de *Los muertos*, este material no mereciese mayor atención.

Indudablemente, la comparación entre el último libro y todo lo restante no plantea muchas dificultades si se hace desde un punto de vista estimativo. Aunque haya poemas de la obra menor cuya calidad poética está por lo menos al mismo nivel que el de cualquiera de *Los muertos*, los conjuntos considerados como tales muestran un desnivel notable. Ahora bien, en nuestra opinión, la crítica no debe limitarse a una función valorativa, que no es tampoco su misión principal; más bien es el análisis,

<sup>7</sup> José Luis Hidalgo, *Los animales*, Proel, Santander, 1945.

<sup>8</sup> José Luis Hidalgo, *Canciones para niños*, Cantalapiedra, Santander, 1951.

<sup>9</sup> María Gracia de Ifach, *Cuatro poetas de hoy* (José Luis Hidalgo, Gabriel Celaya, Blas de Otero, José Hierro), Taurus, Madrid, 1960.

<sup>10</sup> Julia Uceda, *Antología poética de José Luis Hidalgo*, Aguilar, Madrid, 1970.

<sup>11</sup> Leopoldo Rodríguez Alcalde, *José Luis Hidalgo*. Selección y estudio, *Antología de Escritores y Artistas Montañeses*, Santander, 1950.

la comprensión y la explicación de la obra artística lo que constituye su objetivo. Y para analizar, comprender y explicar la poesía de Hidalgo —cuyo libro *Los muertos* no es su obra única, aunque sea su obra fundamental—, será preciso aplicar este triple objetivo al resto de su producción. La obra de cualquier artista es su obra total y no sólo los «chef d'oeuvre». Su visión del mundo y sus ideales estéticos están configurados tanto en sus obras definitivas como en las abortadas. Y en todo poeta los versos más logrados están siempre potenciados incluso por aquellos que aparecen tachados en el manuscrito. El hecho de que José Luis Hidalgo sea el poeta de *Los muertos* no debe hacernos olvidar que este libro se integra en un proceso que la muerte interrumpió —convirtiendo así éste en su obra culminante— pero que se había iniciado diez o doce años atrás, prolongándose a lo largo de dos libros publicados y un buen número de poemas sueltos e inéditos. Por tanto, aun para quienes consideren a Hidalgo como poeta de un solo libro, el conocimiento y estudio de esta otra parte de su poesía debe resultar absolutamente imprescindible.

Pero además, y queremos insistir en ello para evitar el malentendido que de todo lo anterior podría deducirse, el valor de esta «obra menor» no existe sólo en función de la «mayor», sino que merece ser estudiada en sí misma, por la alta calidad que como logros poéticos tienen muchos de los poemas que integran este conjunto, alguno de los cuales es mejor, —individualmente, no como elementos de un sistema—, que bastantes de *Los muertos*.

No pretendemos, ni mucho menos, subsanar esta laguna en los estudios sobre el poeta de Torres. En este sentido, el trabajo que aquí ofrecemos no intenta otra cosa que aportar una serie de observaciones más o menos acertadas, pero nunca definitivas ni exhaustivas, a propósito de esta parcela de la obra poética de José Luis Hidalgo, con ánimo, sobre todo, de suscitar nuevas investigaciones y acercamientos a este material, hasta el momento tan desasistido de la atención que merece.

Como su propio autor señala, *Raíz* es un resumen antológico de su producción a lo largo de sus primeros siete años de quehacer poético. En efecto, en el colofón del libro se señala:

Estos poemas son algunos de los escritos por el autor entre sus 16 y 23 años, desde 1935 a 1943.

Este dato no tiene sólo un valor documental y biográfico, sino que es imprescindible para una justa comprensión y valoración del material que el libro reúne. Así, la característica más acusada de éste, cual es su desigual calidad y variedad temática, estilística y de contenido, debe mucho, indudablemente, al carácter antológico de la colección de poemas.

En efecto, en el aspecto temático encontramos desde poemas en que intenta explicar su postura vital (*Así me iré afirmando*, *Hay que bajar*), hasta los puramente descriptivos (*Aguilar de Campoo*, *Cantábrico*), pasando por los amorosos (*Amor así*, *No*), y las evocaciones del tiempo pasado (*Tríptico de recuerdos*). Por lo que se refiere a los metros empleados, encontramos algunos sonetos y décimas, al lado de una mayor cantidad de composiciones en verso libre. Y lo mismo sucede en cuanto al estilo y a las influencias que muestra; hay poemas en que es fácilmente visible la vinculación al creacionismo y el influjo de la greguería, mientras en otros la preferencia por determinados moldes clásicos, tanto en elementos métricos y rítmicos como en recursos metafóricos y tono de la expresión, muestran una inserción en las tendencias de la primera poesía de postguerra.

Si bien el libro no fue publicado hasta 1944, el grupo de poemas que lo integran no eran totalmente desconocidos, puesto que el autor había concurrido con ellos al primer certamen de poesía *Adonais* en 1943. El jurado, formado por Juan Guerrero, Gerardo Diego, Leopoldo Panero, José Luis Cano, Enrique Azcoaga y Rafael Ferreres, concedió a Hidalgo una de las menciones honoríficas. Aunque el número de poetas galardonados fuese grande —tres premiados y 17 menciones—, ello no quita valor

a la distinción obtenida por nuestro poeta, ya que en la lista de los galardonados se encontraban poetas de la categoría de Vicente Gaos, Alfonso Moreno, José Suárez Carreño (que fueron los tres premiados), Carlos Bousoño, Blas de Otero, Eugenio de Nora, José María Valverde, Eugenio Frutos y otros <sup>12</sup>.

Por otra parte un poema había sido publicado ya en 1942 en la revista *Corcel* que Ricardo Blasco dirigía en Madrid <sup>13</sup>. Según testimonios de este mismo crítico, en este año ya abrigaba su autor el propósito de publicar el libro; en algunas cartas del poeta a Blasco, fechadas a finales de 1942 son frecuentes las alusiones al libro que todavía tardaría dos años en ser impreso <sup>14</sup>. Al parecer, la edición hubiese podido hacerse en 1943, ya que un editor valenciano tuvo el libro en su poder algún tiempo sin atreverse a publicarlo. Por lo cual el poeta decidió finalmente editarlo por su cuenta. Al lógico afán del autor, deseoso de publicar su primera obra, se unía en José Luis una especial necesidad de desprenderse de aquella carga que resumía la primera etapa de su andadura poética. Dice en una carta a Blasco:

... como no sé qué hacer con mis dichosos poemas he decidido editarlos. Eso, o quemarlos, era la única alternativa. Me pesaban en la espalda como un pasado vergonzoso. (...) Si lo publico es por eliminarlo de mi pasado poético <sup>15</sup>.

En mayo de 1944, en la imprenta «Cosmos» de Valencia, donde entonces residía José Luis, sale a la luz el libro, con algunas viñetas e ilustraciones del propio autor.

El libro consta de 37 poemas, organizados en cinco partes, cada una de las cuales, excepto la primera, muestra una apreciable coherencia íntima.

La primera parte es la más amplia: 11 poemas carentes de unidad temática, aunque estilísticamente sean bastante semejantes. Quizá lo único que da una cierta coherencia a este primer

<sup>12</sup> Vid. Ricardo Blasco, *Escritos sobre José Luis Hidalgo, La isla de los Ratones*, Santander, 1956, pág. 73, nota 6.

<sup>13</sup> *Corcel*, Valencia, n.º 2, 1942-1943, *Hay que bajar*, pág. 29.

<sup>14</sup> Vid. Ricardo Blasco, *Pequeña historia de sus libros*, en *Índice de Artes y Letras*, Madrid, año VIII, núm. 60, febrero-marzo, 1953. (Artículo recogido posteriormente en *Escritos...*).

<sup>15</sup> Vid. R. Blasco, art. cit. en *Índice...*

grupo de poemas, es un común tono de autodefinición, de planteamiento primero de su postura vital y poética:

*Bajo la negra noche soy un inmenso SI.  
Soy un inmenso SI que confirma su vida.  
Un SI que palpita o afirmación rotunda  
de que soy, de que existo y moro sobre la tierra.*

(de *Así me iré afirmando*, Raíz, p. 9).

*Hay que bajar sin miedo.  
Hay que bajar  
hasta el reino de las raíces  
o de las garras...*

(de *Hay que bajar*, Raíz, p. 11).

*Pero el nombre es la cáscara  
—dentro queda la cosa—  
teorema de letras  
eternamente hipócritas.*

(de *Pero el hombre es la cáscara*, Raíz, p. 42).

Esta primera parte reúne los mejores poemas de todo el libro. Especialmente los titulados *Así me iré afirmando*, *Hay que bajar* y *La mina*, que unánimemente se cuentan entre los mejores de su autor, comparables a los más logrados de *Los muertos*.

El primero de ellos es una gozosa y pletórica fe de vida, una vibrante autoafirmación, en la cual late ya una idea que va a aparecer en otros poemas de *Los muertos*: el poeta se siente centro y causa del mundo. Compárense estos dos textos:

*Sí, sí, siento que me confirmo  
porque soy para el mundo causa de su presencia.*

(de *Así me iré afirmando*).

*Yo soy el centro, donde todo  
ha de volver a cada cosa.*

(de *Yo soy el centro*, *Los muertos*, [3.<sup>a</sup> ed.], pág. 86).

También el segundo poema del libro, *Hay que bajar*, resulta importante no sólo por la calidad y fuerza de su metáfora, sino

porque también aquí aparece uno de los temas centrales de la poesía de Hidalgo: la llamada de la tierra, la vinculación del hombre a esta madre que le arrojó al mundo dolorosamente y hacia la cual se siente atraído inexcusablemente:

*¿No oís la llamada?*

*Es la tierra,  
la tierra que nos busca para purificarnos  
y arrojarnos de nuevo a la luz con sudor doloroso.*

En efecto, esta idea es una de las claves del pensamiento de nuestro poeta como en otro lugar hemos analizado <sup>16</sup>, y se encuentra repetidamente en algunos poemas de *Los muertos*. Veamos algunos ejemplos:

*...vuelvo a mi ser, el ser todo del hombre  
hasta ti, tierra mía, que me hiciste,  
que me pariste un día, tan dolorosamente... <sup>17</sup>*

*Entre duros peñascos me arregazan  
los brazos maternos de la tierra  
[.....]  
toco el origen de mi ser humano,  
el vientre elemental que me naciera... <sup>18</sup>*

Jorge Campos, llamando la atención sobre la constante presencia de la tierra como madre en la obra de Hidalgo, y el sentimiento de desamparo que aparece en gran parte de la misma, apunta como fuente de estos fenómenos el hecho de la temprana muerte de la madre del poeta, que, como es sabido, tuvo lugar en 1927, contando José Luis entre 7 y 8 años <sup>19</sup>. Si bien estamos de acuerdo con la posible interpretación que insinúa Campos, cuando señala la importancia que pudo tener para la vida y obra de Hidalgo esta orfandad, creemos que la raíz de este desamparo y la constante presencia de la metáfora de la madre-

<sup>16</sup> Vid. nuestra tesis de licenciatura, especialmente las pp. 100-122. Pueden consultarse sendos ejemplares en el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía de Santiago de Compostela y en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, de Santander.

<sup>17</sup> Vid. Jorge Campos, Introducción a la 3.<sup>a</sup> edición de *Los muertos*, página 8.

<sup>18</sup> De *Nacimiento, Los muertos*, 3.<sup>a</sup> edición, pág. 97.

<sup>19</sup> Vid. Campos, op. cit., pág. 8-9.



tierra tienen un carácter más hondo, más metafísico incluso; es una orfandad más esencial, el desarraigo existencial de la vivencia poética de Hidalgo, que le hacen sentir la muerte —tema cardinal de su obra— como una comunión con la tierra, reencontro con la «madre terrible»:

*Vuelvo a ti, [tierra]] Vuelvo a mi nacimiento,  
vuelvo por el silencio que no he tenido nunca,  
que como el mar me falta, como falta la muerte.  
Vengo a mi nacimiento, vengo por mi morir...<sup>20</sup>*

Hemos insistido en esta cuestión porque, además de su importancia para la comprensión de la obra que estudiamos, este mismo sentimiento de llamada de la tierra se aprecia en el tercero de estos poemas que hemos escogidos como más destacados, *La mina*:

*Debajo de esas piedras hay hombres aplastados,  
hay hombres cuyo cuerpo mezclado con la arcilla  
está dando su sangre como una luz fructífera  
a las venas dormidas que suben a la vida.*

(de *La mina*, Raíz, p. 21).

De entre los restantes poemas de la primera parte, merecen destacarse los titulados *Tú no has visto el alba* (p. 14) y *Fijaos bien* (p. 25); en ambos Hidalgo se ensaya en un tipo de metafóricación plenamente suprarrealista, que ha de perdurar hasta algunos leves chispazos de *Los muertos*. Sobre todo el segundo de estos dos poemas resulta no sólo un magnífico ejercicio estilístico, sino un buen poema en el que puede apreciarse todo lo que de revulsivo, de juvenil rebelión puede reflejarse a través de la estética suprarrealista:

*Ante todo, fijaos bien en esto:  
Aquí hay un árbol seco como una flauta de alambre  
lleno de corazones diminutos que le cuelgan de las pestañas.  
Aquel hombre muerto que intentó sonreír  
está bien muerto. Todos lo sabemos.  
Pero es inútil tratar de evitar  
que el esqueleto de su sonrisa  
se asome a cada minuto que se derrumba  
por los balcones del alba solitaria.*

<sup>20</sup> De *espaldas a este mar*, editado por Blasco en su art. cit. en *Índice...*

*Como buen gobernador me gustan las cosas en su sitio:  
pero os confieso que no sé en dónde sepultar los cadáveres  
de tantas y tantas estrellas,  
qué hacer con tantas islas dormidas que no encuentran su archipiélago,  
y dónde conducir tantos zapalos desorientados  
que han perdido su pareja y andan sonámbulos  
errando por las charcas de los patios.*

*Como buen gobernador me gusta dar consejos:  
si alguna noche la luna se pone de un hermoso color violeta  
no volváis la cabeza, hijos míos, no volváis la cabeza.  
Porque eso, sólo eso  
provocaría la lluvia de los sombreros de copa,  
y de las arpas sin cuerdas.*

*Cuidaos mucho de ese pez luciente que vive debajo de las cabañas  
porque en él anidan esos faniasmas  
que producen los bruscos despertares en los sueños  
y si alguna vez, al asomarnos a un puente,  
sentís un dolor amarillo en los cabellos  
gritad fuerte, gritad muy fuerte,  
hasta conseguir detener la subida de las mareas  
y provocar disturbios en el desarrollo de los adolescentes.*

*Sólo de esa forma podreis salvaros  
el día que la luz se rompa  
y sus vidrios os penetren en los ojos.*

Completan esta primera parte algún poema amoroso como *Ausencia* (p. 39) y *Estás aquí tan desnuda* (p. 41). Ninguno de ellos tiene la calidad de otros poemas amorosos del libro.

Este es el tema de los que constituyen la segunda parte del libro. De estos poemas ha dicho Rodríguez Alcalde: «...poemas amorosos, de los pocos que publicó José Luis, el cual, sin embargo, por su sensibilidad, por su apasionamiento, por la intensidad y pureza de su amor vivido, estaba considerablemente capacitado para pulsar esa eterna cuerda lírica»<sup>21</sup>.

No hay en estos poemas de amor nada de blando lirismo, sino viril pasión:

*Pero voy en tu busca, te arranco, te descuajo  
de la sombra, del sueño; te clavo en mi recuerdo.*

(de *No, Raíz*, p. 47).

*Cuando dos cuerpos se aprietan como bocas,  
se empujan como voraces cataratas al rumor de la vida...*

(de *Amor así, Raíz*, p. 46).

<sup>21</sup> Rodríguez Alcalde, op. cit., pág. LIX.

Aunque este sentimiento amoroso no está exento de una ternura que nunca llega a caer en la fácil sensiblería:

*Supón mis veinte años uno a uno en tus dedos  
o mi sonrisa lenta nevándote la frente;  
Supón mis ojos tristes y pensativos, mudos  
viendo crecer el fuego desde hace muchos años.*

(de *Llueven tus ojos...*, R., p. 45).

La tercera parte del libro son cinco poemas descriptivos, de una ciudad, en los que de nuevo aparecen rasgos plenamente suprarrealistas:

*Del sol llueven los cables de los teléfonos,  
pero la lluvia más dolorosa  
es la de los tacones de los zapatos.*

(de *Ciudad*, p. 51).

A propósito de este tipo de procedimientos expresivos, Ricardo Blasco <sup>22</sup> ha señalado como en alguna de estas estampas descriptivas la sensación está referida como en greguería:

*Se nota que las aceras están cansadas de ir  
toda la vida en línea recta...*

(de *Ciudad*).

*... atornillando el alba  
el humo de las fábricas...*

(de *Arrabal, Ratz*, p. 55).

La parte cuarta está constituida por cinco poemas de temática marina. Es interesante observar que en uno de ellos, el titulado *Aguilar de Campoo* (p. 64) que lógicamente por su situación geográfica no puede constituir temáticamente una «marina», el mar está sentido no en presencia sino en ausencia:

*La tierra se siente sólo  
como una ausencia de mar ...*

Cierra el libro un grupo de poemas encabezados por el título *Sonetos y Décimas*. Los tres sonetos son de tema variado, pero

<sup>22</sup> Vid. Blasco, art. cit.

es muy interesante observar cómo en todos ellos aparecen ciertos rasgos temáticos y estilísticos que hemos de encontrar como característicos de *Los muertos*:

... al ver la suerte  
de mi morir a solas con mi muerte,  
abrí los ojos y volví a la vida.

(de *Desvelo*, p. 69).

Y la honda transparencia de tenerte  
en la alta alegría que me impones,  
vencedor cada día de la muerte.

(de *Este abril*, p. 70).

No es de este mundo, no, ni de la tierra  
este alumbrar de sangre que recojo.  
El horror pavoroso en que me mojo,  
esta luz visceral lo desentierra.

(de *Luz roja en la noche*, p. 71).

Las décimas, en número de diez, están dedicadas a diversas ciudades: Palencia, Mérida, Córdoba, Valencia, así como a los mares Mediterráneo y Cantábrico. Al parecer, algunas de estas décimas iban a constituir un librito para el que José Hierro escribió un soneto que serviría de prólogo: *Diez poemas junto al mar*. Quizá estos últimos sean los poemas más flojos del libro. Las estampas descriptivas suelen carecer de originalidad y, por otra parte, parece como si la sujeción a determinados esquemas métricos y estróficos —especialmente en cuanto se refiere a las décimas— limitasen la expresividad de Hidalgo, que en los primeros poemas del libro nos había mostrado un admirable dominio del verso libre. Hará falta que esperemos hasta *Los muertos*, en el que casi no hay versolibrismo, y a lo sumo versos blancos, para que Hidalgo nos muestre su maestría en la utilización de estrofas a base de versos amplios, fundamentalmente endecasílabos y alejandrinos.

En suma nos encontramos ante un libro de indudable calidad poética, sin que para valorar justamente el libro sea necesario aludir, como suele hacerse, a los repetidos tópicos de «obra primeriza», «tentativas juveniles», etc. Y mucho menos acertado

nos parece el calificativo de «mediocre» que, con alguna reserva, le otorga Julia Uceda<sup>23</sup>. Creemos que, con objetividad, *Raíz* es un buen libro de poesía, con algunos momentos que muestran la extraordinaria sensibilidad de su autor, su capacidad poética y la fuerza y expresividad de su metáfora; con poemas que dan una cabal medida de sus posibilidades en la búsqueda por un lenguaje poético propio; con muestras, en suma, de la honda sinceridad de alguna de sus preocupaciones fundamentales. Todo lo cual, como ya dijimos, va a corroborarse como culminación de un proceso ascendente, en el extraordinario manojito de poemas que forman *Los muertos*.

Según una carta de José Luis Cano a Hidalgo, citada por Julia Uceda<sup>24</sup>, el grupo de poemas que el poeta envió al certamen de *Adonais*, incluía, además de los recogidos en *Raíz*, algunos poemas sobre distintos animales que, al parecer, fueron separados a ruegos de Blasco, que pensaba publicarlos en su *Corcel* en 1945, aunque luego por un ridículo problema de censura, no pudo llevarse a cabo dicha publicación<sup>25</sup>. Aunque la elaboración de estos poemas data de un par de años atrás. Conocemos la fecha de algunos de ellos de 1943 y 1944<sup>26</sup>. Y ya en diciembre de 1943, en una carta a Blasco, José Luis alude a estos poemas como material para un libro cuyo título, *Los animales* tiene ya decidido<sup>27</sup>.

El libro no se publicará hasta diciembre de 1945, en Santander, como segundo volumen de la colección de libros de poesía de la revista *Proel*, en la cual ya había adelantado Hidalgo algún poema de este grupo<sup>28</sup>.

<sup>23</sup> Julia Uceda, op. cit., pág. 22.

<sup>24</sup> Uceda, op. cit., pág. 24.

<sup>25</sup> Vid. Blasco, *Escritos sobre José Luis Hidalgo*, pág. 46.

<sup>26</sup> Vid. Uceda, op. cit., pág. 72 a 77.

<sup>27</sup> «Mis poemas quisiera que fuesen con el antipoético título de *Los animales*, que es que llevará el libro si alguna vez sale por ahí». Vid. Blasco, art. cit., en *Índice*...

<sup>28</sup> En el n.º 15-17 de la revista, junio-agosto, 1945, págs. 8 y 9 había

Se trata de un conjunto de 11 poemas, en los que en breves y acertadísimos trazos, se pintan, o mejor, se dibujan, distintos animales: vaca, hormiga, caballo, tigre, gato... Frente a la desigual variedad de *Raíz*, este libro muestra una coherente unidad temática y estilística, como pasamos a señalar.

Lo que más llama la atención en el libro es la técnica impresionista de la imagen, técnica que, se ha señalado, es eminentemente pictórica. No olvidemos la doble actividad de Hidalgo. Como dice Blasco, «aunando su doble temperamento de pintor y poeta, quería ser objetivo en la visión, subjetivo en la representación. La consecuencia: una poesía viva, palpitante, sincera. Una poesía sin tópicos, con imágenes extraordinariamente nuevas, empleadas con un sentido eléctrico de la palabra, sirviendo a una calificación psicológica de cada uno de los enjaulados en este zoológico»<sup>29</sup>. Esto va unido a una persistencia de determinados rasgos suprarrealistas y creacionistas que, ya señalamos, se encontraban en su primer libro.

Los poemas son fundamentalmente descriptivos. Pero lo que Hidalgo describe no es tanto la realidad o la apariencia externa, cuanto la impresión casi instantánea que produce la presencia del animal. Y en todos ellos hay, además, una interpretación, un afán de captar la íntima y esencial peculiaridad de cada animal.

En casi todos esa impresión inicial capta el movimiento del animal, reducido principalmente a sus rasgos más característicos:

El súbito y potente galopar del caballo:

*¡Pero de pronto, escapas! Bajo la luna roja  
huyes como una lanza pisándote la sombra  
que sobre la llanura se posa como un ala  
mientras se enorgullece la humilde yerba fina  
de tu seca pisada, tan firme como el trueno.*

El sigiloso pasar del gato:

*Vienen y nadie sabe de dónde vienen...*

aparecido una selección, que comprendía los poemas: *Caballo, Gallo, Conejo*.

<sup>29</sup> Vid. Blasco, art. cit.

La secular lentitud de la tortuga:

*Pero otra vez los siglos  
pasan poniendo huevos sobre tu lentitud.*

El procesional desfile de las hormigas y su código de mensajes:

*... enhebrando el planeta, innumerable,  
un rosario de tactos mensajeros,  
caravana a la sombra del arbusto.*

El resbaladizo fluir del pez:

*por entre manos húmedas que agitas blandamente  
vas tú, pez desnudo, espada velocísima  
que pasa y te olvidas de tu huella.*

En el conejo ya no es el movimiento, sino la «inquietud quieta» dispuesta siempre a la súbita fuga:

*Este palpito es solamente una piel escuchando  
un pretexto cualquiera para la sorpresa...*

A veces no es sólo el movimiento del animal lo que se dibuja, sino las sensaciones que su paso produce; así en el tigre:

*La selva estremecida, y en las luces  
de sus ojos, gacelas presurosas  
huyen como horizontes aplastados.*

Como hemos dicho, esta pincelada impresionista que busca reflejar la presencia del animal, va acompañada de una interpretación del mismo, a base de concisas metáforas, en las que se capta con logradísimos trazos aquello que constituye lo esencial e individualizador de cada especie.

Puede ser la voluptuosa sensualidad del gato:

*vienen de la lujuria de una médula tierna...*

La dulce ternura de la vaca:

*Por sus ojos eternos, donde se mira el mundo,  
pasa el tiempo temblando entre los viejos árboles  
que le dicen adiós en cada otoño,  
besándole la frente milenaria  
el levisimo olvido de una hoja...*

## El madrugador grito del gallo:

... al parirse el día  
*alza violentamente su cresta breve como una herida,  
 escupe sobre el cielo esa nube de sangre...*

La potencia del caballo, intuída en el torrente de su sangre y representada en su poder engendrador:

*Caballo, siempre hijo, nieto de caballos,  
 padre de dulces potros engendradores en vientres,  
 engendradores de engendradores en un tiempo sin mí  
 [.....]  
 Se escucha en el silencio tu sangre rumorosa  
 como un mar armonioso que por dentro cantara...*

Creemos que esta serie de citas pueden dar una idea bastante clara de los rasgos estilísticos que hemos apuntado en este libro: impresionismo, rasgos suprarrealistas... Pero quizá el rasgo estilístico más sobresaliente sea el valor que en este manojito de poemas tiene el epíteto, como elemento no tanto calificativo cuanto individualizador, del sustantivo que designa a cada animal. Ya hemos apuntado arriba este afán del poeta por caracterizar *esencialmente* a cada uno de los animales de su libro. Pues bien; es a través del epíteto —en un amplio sentido de este término<sup>30</sup>— como el poeta logra esta caracterización:

*hermosa bestia dura* (Caballo)  
*un rosario de tactos mensajeros* (Hormiga)  
*tu duro pico, hermano del espolón triunfante* (Gallo)  
*seca pisada, tan firme como el trueno* (Caballo)

A éstos podrían añadirse otros muchos ejemplos, cuyo cómputo estadístico nos demostraría la importancia que en *Los animales* tiene este recurso estilístico<sup>31</sup>.

Ya hemos aludido a la raíz creacionista de algunos procedimientos metafóricos empleados en el libro. Blasco ha señalado

<sup>30</sup> Resulta obligada la referencia al fundamental estudio sobre este problema: Gonzalo Sobejano, *El epíteto en la lírica española*, 2.<sup>a</sup> ed. Gredos, Madrid, 1970.

<sup>31</sup> En el estudio de Susinos Ruiz y Raimundo Fernández, bajo el epígrafe *Hacia una estética del adjetivo*, se analiza este elemento en la obra poética de Hidalgo, aunque sin especificar las referencias a cada uno de sus libros.



que esta filiación estética no fue nunca negada ni aborrecida por el poeta, quien, como deuda reconocida, dedicó el libro al principal introductor del creacionismo en España, Gerardo Diego, poeta con el que se relacionó en Santander en su juventud<sup>32</sup>.

El mismo Gerardo Diego ha aludido, por su parte, a otro influjo apreciable en el libro: el de Vicente Aleixandre: «El apasionado lector de Aleixandre se advierte en ciertos rasgos que son como briznas desprendidas de la ardiente selva de *La destrucción o el amor*»<sup>33</sup>.

No es *Los muertos* la única obra de Hidalgo publicada con posterioridad a la muerte de su autor. En 1951, su entrañable amigo Aurelio G. Cantalapiedra editó en Santander, con el título *Canciones para niños* un pequeño manojito de poemas, de tono y temática infantiles, cuyos originales habían quedado en poder de Cantalapiedra después de la muerte del poeta. La edición fue casi privada: un escaso número de ejemplares que no se pusieron a la venta, sino que constituyeron una edición-regalo que el editor dedicó —y distribuyó— a los amigos de José Luis, como recuerdo en el quinto aniversario de la muerte de éste. Por ello, estos poemas no son demasiado conocidos; algunos, —exactamente cinco, los titulados *No tengas miedo al ruido*, *Oye, hijo mío*, *oye*, *Que es la noche de Reyes*, *Cantemos a las flores*, y *La fea*— han sido recogidos por María Gracia Ifach, quien ofrece la fecha de 1937 como la de elaboración de los poemas, en su antología ya citada<sup>34</sup>. Asimismo se recogen dos de estos poemas —*No tengas miedo al ruido* y *Que es la noche*

<sup>32</sup> Blasco, art. cit.

<sup>33</sup> Tomo la cita de María Romano Colangeli, *José Luis Hidalgo, poeta della morte*, Pátron, Bologna, 1965, pág. 31. El texto de G. Diego es un fragmento del artículo de éste en el número-homenaje que la revista *Corcel* dedicó a Hidalgo con motivo de su muerte. (*Corcel*, núms. 13-14-15, Madrid, julio 1947, págs. 339-340).

<sup>34</sup> Vid. Ifach, op. cit., págs. 37-40.

de Reyes— en la antología *Poesía Hispánica. 1939-1969*, de J.-P. González Martín <sup>35</sup>.

Este grupo de poemas deben encuadrarse, a nuestro entender, atendiendo tanto a razones cronológicas como temáticas, dentro del «neopopularismo», con su tendencia de rastrear en el acervo de las canciones populares, en busca de temas y formas poéticas; corriente que recibió su principal impulso, como es sabido, por parte de los miembros del grupo poético del 27. Hay que señalar, por otra parte que el influjo de estos poetas, o mejor, de alguno de ellos, en la obra juvenil de Hidalgo es notable, como en este mismo trabajo señalaremos.

Si bien todos los poemas del libro son de temática infantil, dando un amplio contenido a este término, pueden clasificarse en dos grupos:

a) *Canciones de cuna*, como:

*Oye, hijo mío, oye  
oye la nana.*

*Te compraré un caballo  
de crines blancas  
para llevarte al río  
a ver las aguas.*

(de *Oye, hijo mío, oye*).

*Duerme, hijo mío, duerme,  
cierra los ojos  
que están los Reyes Magos  
bajo los chopos...*

(de *Que es la Noche de Reyes*).

Hay un hecho que nos parece interesante recordar: estos poemas fueron escritos cuando el autor no contaba todavía 18 años, a pesar de lo cual el sentimiento paternal —o maternal— está perfectamente intuído y expresado. Quizá no sea ajeno a ésto el hecho de la temprana orfandad de José Luis, como si estas nanas fuesen una añoranza de aquellas de las que pronto se vio privado por la muerte de su madre. Este mismo

<sup>35</sup> Vid. J. P. González Martín, *Poesía Hispánica. 1939-1969. Estudio y Antología*, El Bardo, Barcelona, 1970, págs. 188-189.

hecho puede ser una de las claves para interpretar el sentimiento de melancolía que tiñe estos poemas, o como muy bien ha llamado su editor «canciones», al igual que en otros versos de Hidalgo, cuando evoca su propia infancia:

*Si yo naciera a mi doliente infancia,  
otra vez niño, como un dulce sueño  
[...] cuántas cosas vería con mis ojos  
recientes para todo, sin misterios...<sup>36</sup>*

o su adolescencia:

*El hombre que ahora soy no lo comprendo,  
acaso no soy yo, es aquel otro  
hundido y olvidado por las calles  
que en una tarde amarga dejé solo.*

*Y quiero recordarlo y se me borra  
perdido en la salida de los cines,  
acaso en un retrato que mi madre  
guardaba de la luz con mano triste<sup>37</sup>.*

No insistimos en esta idea, pues en el próximo apartado, al analizar algunas muestras de la obra juvenil de Hidalgo tendremos ocasión de ver más acentuados estos caracteres.

#### b) Canciones de juegos infantiles:

*Cantemos a las flores  
que hay sobre la hierba  
ya el sol nos ha traído  
toda la primavera.*

*Mi falda corre  
Tu lazo vuela:  
las niñas guapas  
que den la vuelta.*

(de *Cantemos a las flores*).

Desde el punto de vista poético, el valor del libro es relativo. Lo que en él destaca es la sencillez, gracia y ternura del sentimiento que muestran los poemas del primer grupo, es decir las «canciones de cuna», y la lograda captación de los motivos y

<sup>36</sup> *Vuelta*, *Los muertos*, 3.<sup>a</sup> ed., pág. 89.

<sup>37</sup> *He nacido y he muerto*, publicado por Ifach, op. cit., pág. 58.

formas de las «canciones de juegos infantiles»; género éste que figura, a nuestro juicio, entre lo más interesante y sugestivo de la lírica popular y del que, en general, ni la crítica —si exceptuamos los estudios hechos con respecto al valor del cancionero de juegos infantiles como vehículo de transmisión de algunos temas o piezas del romancero— ni la lírica culta han prestado la atención que merece, no sólo en cuanto que es depósito de temas tradicionales, sino como muestra de pervivencia y peculiar utilización de recursos formales característicos de la lírica tradicional y popular. En este sentido, nos parece que la labor de Hidalgo con este libro tiene, por infrecuente, un destacado valor.

Completan la obra poética de Hidalgo un gran número de poemas sueltos, unos publicados en distintas revistas y no recogidos en ninguno de sus libros y otros inéditos antes de 1947 y que, a partir del número extraordinario de *Corcel*, editado como homenaje póstumo al poeta por sus amigos <sup>38</sup>, han ido apareciendo paulatinamente en revistas, libros y antologías. A los que cabría añadir un buen número de poemas hasta el momento (1970) inéditos, que guardan, junto con otros textos —prosa, fragmentos de relatos, artículos...— algunos amigos y la familia del poeta.

La mayor dificultad para el estudio y análisis de todo este material radica en su extraordinaria dispersión. Se echa en falta, al estudiar la obra de Hidalgo, la reunión de todo el «corpus» de su obra —al menos de su obra poética— en un solo libro. No sólo por razones de comodidad, al poder analizar en conjunto toda su obra, sino por razones de difusión: hay muchos poemas que, a pesar de estar publicados, son casi desconocidos, no digamos para el posible lector de Hidalgo, sino incluso para la crítica iniciada en el conocimiento de su obra, pues se encuentran desperdigados en revistas, e incluso diarios de provincias,

---

<sup>38</sup> *Corcel*, extraordinario citado; vid. supra, nota 33.

muchos de los cuales resultan de difícil cuando no imposible acceso; piénsese especialmente en la corta vida y más difícil pervivencia de que suelen gozar en nuestro país las pequeñas revistas de poesía, especialmente las de una época tan prolífica en tales publicaciones como fue la década 1940-1950.

Naturalmente sería necesario enriquecer esta posible recopilación con la publicación de ese material hasta ahora desconocido, ya que, aunque su calidad en muchos casos no resista la comparación con los mejores poemas del autor, su lectura es absolutamente necesaria para el exacto conocimiento, comprensión, análisis y valoración de su obra.

Por otra parte, la compleja variedad temática y estilística de todo este material hace necesario un intento de ordenación que debiera atender simultáneamente a unas coordenadas cronológicas y temáticas. Por ejemplo, en este último aspecto, un grupo principal debiera incluir todos aquellos poemas que puedan considerarse «afines» a los recogidos en *Los muertos*, porque muestren esbozos o reiteraciones de los temas, símbolos o elementos de cualquier tipo que en este libro aparecen. Hay que tener en cuenta que muchos de estos poemas formaban parte del material sobre el que el poeta realizó la selección para el libro; y que algunos, desechados en la primera edición de éste reúnen características tales que han sido justamente incluidos en las siguientes ediciones.

Esta parte de su obra suelta es sin duda la más interesante para el estudio de nuestro poeta. Teniendo en cuenta el marcado carácter de «sistema» que tiene el libro *Los muertos*, la lectura de estos poemas «afines», totalmente integrantes aunque segregados de tal sistema, enriquece la visión del conjunto y aclara la comprensión de las claves del mismo. Muchos de los símbolos, ideas, temas, relaciones entre éstos (e incluso las mismas metáforas) que forman la estructuración de *Los muertos* están, unas veces insinuados, otras reiterados, discutidos o ampliados en estos poemas; por lo que el análisis comparativo resulta enormemente útil, como hemos podido comprobar en nuestro estudio de los temas y contenido de *Los muertos*<sup>39</sup>, en el que hemos

<sup>39</sup> Este es el tema del cap. IV de nuestra citada tesis de licenciatura.

realizado la indagación temática e ideológica no sólo sobre las composiciones recogidas en el libro, sino sobre todos aquellos poemas que nos han parecido afines por diferentes causas.

Otro grupo de poemas que merece destacarse es el que podrían integrar una serie de poemas amorosos, algunos de los cuales han sido recogidos por M.<sup>a</sup> G. de Ifach en su ya citada antología <sup>40</sup>. En algunos encontramos como fundamental rasgo la misma fuerza de sentimiento y de expresión que hallábamos en los poemas amorosos de *Raíz*:

*quiero tenerte aquí, quiero hundir tu tristeza  
con el hacha amorosa de mi ardiente alegría* <sup>41</sup>

En otros el amor completa la ansiosa búsqueda de autenticidad, de afán de enraizamiento que encontrábamos en los poemas primeros de *Raíz*:

*Porque llegaste tú, desde lo alto  
a enseñarme el camino verdadero,  
a mostrarme el camino que conduce  
hasta el seguro centro de mí mismo* <sup>42</sup>.

La importancia de otro posible grupo de poemas reside en la temprana fecha de composición. Desde el primer poema fechado en 1935, conocemos un pequeño manojito de composiciones, en su mayor parte de 1936 y 1937, cuya lectura nos muestra las innegables influencias de algunos de los poetas del 27, como ya anteriormente señalamos. Analícense, como ejemplo, estos fragmentos de poemas fechados en 1936, en los que los ecos de Jorge Guillén y Federico García Lorca son, a nuestro entender, clarísimos:

---

<sup>40</sup> Vid. Ifach, op. cit., los titulados: *Sin llamarte* (p. 40), *Atardecer de marzo* (p. 42), *Como un pájaro herido* (p. 43), *Acércate* (p. 43), *A veces me parece* (pp. 43-44), *Y no está* (p. 44), *Llegó por fin* (pp. 45-46), *Siempre, nunca...* (p. 47), *Pienso a veces* (p. 47), *Vienes como la ola* y *Yo en ti me transparente* (p. 48), *Soñaste un día azul* (p. 54), *Mi corazón, mi vida...* (pp. 54-55), *Blanca* (p. 57).

<sup>41</sup> Ifach, p. 54.

<sup>42</sup> Ifach, p. 56.

*Despierto. Veo luz.  
Así ya soy. ¡Me siento  
aquí tan nuevo y uno!  
Completo soy, entero.*

*¡Dios mío, qué de rosas!  
Mis límites comprendo...  
Tactos dormidos suben  
a flor de carne, cierto <sup>43</sup>.*

*La tarde quiso cantar  
una canción larga y clara  
y un gran suspiro de luz  
se le murió en la garganta.  
Tristes lirios cenicientos  
por el poniente lloraban  
lágrimas de azul y rojo  
entre las brisas saladas.  
Virgenes negras ventían  
poblando el viento de espadas  
y el cielo empezó a gemir  
llantos oscuros de agua.  
La tarde se quedó sola  
con las greñas desatadas  
sueñas al aire de plomo  
que se llenaba de plata.  
Sus muslos, verdes y tersos  
en la soledad temblaban  
frías preguntas a un aire  
de respuestas apagadas <sup>44</sup>.*

En otros de la misma época lo que destaca es un sentimiento a que ya aludimos anteriormente, a propósito de la melancolía con que el poeta evoca su infancia. Especialmente hay uno muy interesante en este sentido, fechado en 1936 en el que trata el tema de la pesadilla infantil; obsérvese la maestría del joven Hidalgo en la utilización de las posibilidades sugestivas del encabalgamiento, en un poema en el que la inquietud es el tono predominante:

*¡Estoy notando en la sombra  
mil frailes encapuchados!  
Las sábanas me dan frío,  
madre.*

*Estoy oyendo pasos  
por la alfombra. El aire*

<sup>43</sup> Ifach, p. 49.

<sup>44</sup> Ifach, p. 52.

*del cuarto está lleno de algo,  
de no sé qué. Hay por el silencio  
como una sombra. Largo  
escalofrío en mi carne  
¡y veo pies sonámbulos!* <sup>45</sup>

(A propósito de este poema, aconsejamos la lectura del titulado *Aquella noche*, en *Raíz*, pág. 19; en éste el poeta parece evocar aquella pesadilla infantil, asumiendo ahora la voz del padre —o de la madre— que tranquiliza al asustado hijo. Hay que tener en cuenta que este poema de *Raíz* esta fechado en junio de 1937 y el anterior, *Miedo*, en febrero de 1936.)

Desde el punto de vista de la afinidad con *Los muertos*, hay un fragmento de un poema juvenil (1936) que resulta enormemente sugestivo: es la alusión más antigua que encontramos en la poesía de Hidalgo a la propia muerte, no sólo ansiada o presentida, sino «nostálgicamente» sentida:

*¡Cerraos ya mis ojos!  
¡Abríos en el sueño!  
¡Dulzura del no ser!  
¡Nostalgia de estar muerto!* <sup>46</sup>

Por último, y para cerrar esta serie de referencias a los poemas sueltos de Hidalgo, aludamos a aquellos interesantes por sus connotaciones biográficas, sobre todo los que reflejan o mencionan su experiencia de la guerra, y más especialmente aquellos en los que comienza a esbozar lo que había de ser «motivo» original de *Los muertos*: la evocación de los muertos en la guerra civil. «Veía la guerra española —dice Blasco— sintetizada en los anónimos y numerosos cadáveres de la contienda y quería que su verso fuese como voz lazarina que les rescatase de su anónima espesura sombría» <sup>47</sup>.

Es interesante apuntar que en algunos de ellos —escritos, como sabemos en el frente—, el poeta no evoca en la lejanía a estos muertos, sino que se sitúa en el mismo campo de batalla, como si contemplara a los compañeros recién caídos.

Veamos dos muestras como ejemplo. El primero de los textos

<sup>45</sup> Ifach, p. 60.

<sup>46</sup> Ifach, p. 49.

<sup>47</sup> Blasco, art. cit., en *Índice...*



tiene una especial importancia dentro de la obra de Hidalgo: se trata de un fragmento de lo que sería poema inicial del primitivo libro *La llanura de los muertos*, que luego, a lo largo de una evolución y elaboración que Blasco ha explicado <sup>48</sup>, llegaría a ser el definitivo *Los muertos*:

*Si este campo fuera campo  
y esta gente fuera gente  
y no tendidos cadáveres  
sobre el barro de la muerte,  
qué alegre estaría todo,  
buen compañero, qué alegre... 49*

Este otro texto, fechado en el frente de Córdoba el 10 de noviembre de 1938, ha sido publicado por primera vez en la ya citada antología de Julia Ucieda. Aunque la idea es muy semejante a la del poema anterior, el resultado es muy otro: el abandono del verso medido y la estructura de canción, sustituidos por el verso libre y un tono menos melancólico, pero más desesperanzado, hacen del poema un sincero grito contra el odio que produce la guerra y sobre la inutilidad de tanta muerte:

*Muertos,  
hombres muertos,  
partidos por las balas,  
cadáveres terribles  
caídos en la arcilla,  
bajo el sol,  
bajo el agua;  
sobre la espiga que nace  
sobre los trigos maduros.*

*Vosotros,  
todos;  
lo que ya no veréis más que gusanos  
casi tan tristes como el odio que os mató.  
(...)  
Nadie,  
nadie querrá jamás acordarse de vosotros 50.*

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ HERRÁN

<sup>48</sup> Blasco, id.

<sup>49</sup> Publicado por Blasco en *Escritos sobre José Luis Hidalgo*.

<sup>50</sup> Ucieda, op. cit., págs. 158-159.